

MI BANDERA

(Poema de la Victoria)

POR

J. HERNÁNDEZ GAVIRA, 1893-1960.

Primer Teniente del Ejército de los Estados Unidos
en la Primera Guerra Mundial



A mi querido colega,
Doct. y literato de gusto,
con Buenaventura P. Bello
testimonio de aprecio
Abraon Estan
17 de Sept. 1945

MANILA
BUREAU OF PRINTING
1945

198425

PQ

S997

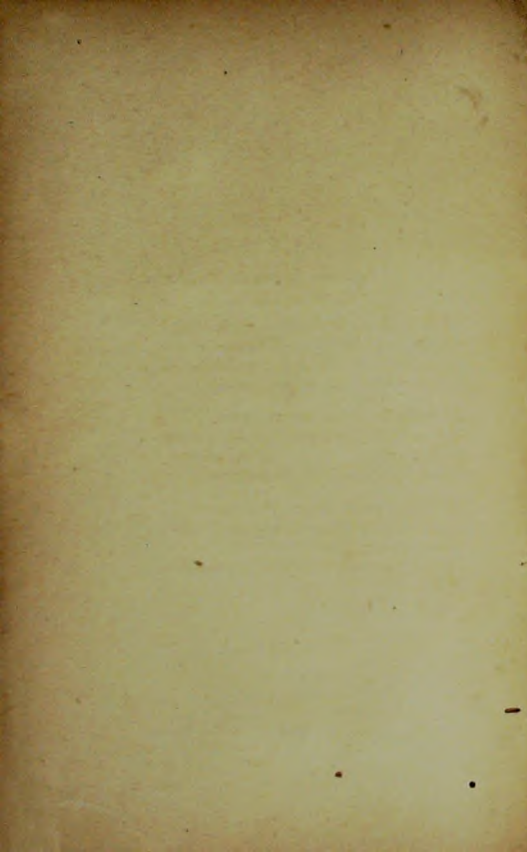
H557,

B2

DEDICATORIA

A SERGIO OSMEÑA, *Presidente de Filipinas*
y TOMÁS CONFESOR, *Secretario del*
Interior, alma y cuerpo de nuestras
luchas por la libertad

3



PROEMIAL

Al General DOUGLAS MACARTHUR

Al consagrar, de hinojos, en Australia
La enseña tricolor de Filipinas,
En premio de su justa represalia
Por defender sus glorias peregrinas;

Al besar la divisa de mi tierra
Que allá en Corregidor luchó contigo,
Y se mantuvo con la tuya en guerra
Hasta vencer al pérfido enemigo;

Tu noble gesto de gentil guerrero,
Si nombre te dió de héroe del Pacífico,
Elevó mi bandera a lo cimero,
De sus combates, galardón magnífico.



MI BANDERA

(Poema de la victoria)

Abro el misal sobre su atril de roca
A salmodiar el patrio sacrificio,
Canción de raza cuyo oficio evoca
Del gran Rizal el inmortal servicio.

Vindicada la Madre por el Hijo,
Dolorosa del mártir legendario,
Canto en liturgias tu dolor prolijo
Ante el altar del nacional sagrario.

Amarga fué la ruta del martirio
Que recorrió la casta de patriotas,
Mas es mi lira perfumado lirio
Para aromar las funerarias notas.

Veinte millones de fraternas almas
Escuchan los repiques de tu gesta,
Consagración de las suntuosas palmas
Que tú despliegas en la cumbre enhiesta.

¡No fué tu eclipse la cobarde entrega
De un pueblo débil al poder extraño!
Bathala te sostuvo en la refriega
Y surges, victoriosa, como antaño.

Como ayer, cuando entonces en Malolos
Urdiste la República primera,
Y al brillo de las dagas y los bolos
Agitaste tus pliegues en tu esfera.

Desde entonces, tus luchas proseguiste
Por alcanzar tu aspiración genuina.
¡Y cuántas veces a tus hijos viste
Batallar por la causa filipina!

España, América, Japón, testigos
 Son del vigor de tu nación unida,
 En lucha con extraños enemigos
 ¡Nunca entre hermanos la agresión suicida!

Con las armas midieron tu coraje,
 Áureo blasón del genio de tu raza,
 Por instinto rebelde al coloniaje
 Y la invasión que con razón rechaza.

Bastó en Balintawak un solo grito
 Para iniciar el fuego de batalla;
 Bonifacio, Jacinto . . . lo infinito . . .
 Al compás del cañón o la metralla.)

Tus héroes inmortales vieron mudos
 De asombro tu última actuación guerrera;
 Caíste herida ante los golpes rudos,
 Mas no vencida, ¡firme en tu trinchera!

Y fuiste tú, quien repeliendo la horda
 De la barbarie en Bataan con furia,
 Encendiste de América la sorda
 Indignación por castigar la injuria.

Pero antes, en las tierras de Visayas
 En vano pretendieron lo imposible,
 Dominar tus altivos atalayas,
 A Confesor, el héroe irreductible.

El mundo, atónito, admiró tus lides,
 Tu gesto altivo cuando tú te enojas,
 Cómo te honraron bravos adalides
 En pos de Quezon y de Osmeña y Roxas.

Hijos epónimos de insigne nombre
 Por tí lucharon y te dieron fama;
 Muertos y vivos de inmortal renombre
 Al rojo mantuvieron tu proclama.

No fué tu entrega la fatal derrota
 Sino el comienzo del triunfal registro:
 La libertad que en época remota,
 Anticipó, profético, mi sistro;

Cuando dije al llorado Presidente
 Quezon al exultar su aniversario,
 Que tu nación "sería independiente
 Cuando América venza al adversario."

Víctima fuíste de traición cobarde,
 Como Cristo del ósculo de Judas;
 Fué de Caínes infernal alarde,
 ¡La esclavitud bajo haraposos Budas!

Los que hicieron dinero de la lidia
 A costa de la sangre del hermano,
 Los que con su impiedad y su perfidia
 Juraron de Jesús el nombre en vano.

La división política en facciones
 Que impuso el maquiavélico criterio,
 Fué labor de fanáticos bribones
 Que esperaban lucrarse con su imperio;

Mientras tus nobles hijos, consecuentes
 Con su deber y su común sentido,
 En guerrillas, rebeldes e insurgentes,
 Luchaban por vengar tu honor vendido,

Padeciendo cruelísimas torturas
 En los montes o el Fuerte de Santiago,
 Con la esperanza y convicción seguras
 Del inmediato porvenir aciago.

La indigna prole completó la farsa
 Declarando la guerra a los Aliados,
 Por invencible miedo a la comparsa
 Macabra de sus ídolos malvados.

Patizambos, el paso de palmípedos,
 Prestada de Occidente la chaqueta,
 ¡Tal era la arrogancia de los bípedos,
 Perdida por el triunfo la chaveta!

La taimada sonrisa de antropoide,
 Fórmula nacional de hipocresía,
 Era el nicho del óseo conicoide,
 Reservorio de torpe cobardía,

La cobardía de morir cubiertos,
 Al darse cuenta de su error muy tarde,
 Con los tristes despojos de los muertos
 De la ciudad que en rojas llamas arde;

Detrás de las mujeres por trinchera
 Y los débiles niños por coraza,
 Así luchó la despreciada fiera
 Sin arriesgarse en descubierta plaza.

¡Oh terrible sarcasmo del Bushido,
 Libro de amor, de honor y de hidalguía!
 El Samuray en ciervo convertido,
 Al suelo su presunta valentía.

En Los Baños he visto disfrazados
 Con harapos de múltiples colores,
 De las mujeres víctimas robados
 A innúmeros yamatos desertores.

No fué tan bravo el samuray enano
 Ni veraz el oráculo de oriente;
 Es fiero el antropófago africano,
 Mas no basta a triunfar el ser valiente.

Un odioso espectáculo grotesco
 Fué el paso del asiático vestiglo,
 Exhibiendo del género simiesco
 ¡El carnaval diabólico del siglo!

Por entonces clamaban los intrusos
 Que venían a darte independencía,
 Cuando eran sus propósitos obtusos
 Asimilar al Asia tu existencía.

¡Error funesto! ¡Pretensión injusta!
 Al iniciar el criminal asalto
 Que provocó la improvisada justa,
 ¡Vivías sin temor ni sobresalto!

Un solo Dios, un solo hogar, un solo
 Emperador, la trinidad asiática;
 El ángel samuray de polo a polo,
 El bonzo predicando su pragmática,

Hacer un paraíso del Oriente,
 Era el proyecto del voraz macaco;
 Lo fué de innoble turba pestilente,
 Tragedia cómica de Marte y Baco;

De bestia infame de afilado diente
 Desprovista de estética cultura,
 Descarada, mordaz, concupiscente,
 ¡Patibularia la brutal hechura!

Oh la tragedia del infante magro,
 Víctima triste del feroz verdugo,
 Subsistiendo tan solo de milagro
 O acaso de algún misero mendrugo;

Extenuado, de traje desprovisto,
 Consciente del hartazgo del tirano,
 ¡Ni pan siquiera, por amor de Cristo!
 ¡Ni algo de arroz, en nombre del hermano!

Jamás el pueblo vióse tan hambriento,
 Nunca su extenuación fué tan severa
 Y tras del espectáculo sangriento,
 Perecer de hambre al raso o en la acera.

¿Por qué el "no matarás" de tu mandato,
 Señor, frente del trágico dilema?
 O sucumbir en manos del Yamato
 O quebrantar tu voluntad suprema.

No se daba a los muertos sepultura,
 Huyó la caridad avergonzada;
 Cada hora era cien años de amargura,
 Cada minuto, ¡un paso hacia la nada!

Del bello alcázar de marfil y de oro,
 Arca divina que encerró poesía,
 De mis escritos, lírico tesoro,
 Nada dejó la soldadesca impía.

¡Oh Manila, la tumba de un Imperio!
 En tus escombros yace sepultado,
 Perdido entre las sombras del misterio,
 ¡Todo cuánto mi cítara ha cantado!

¡Torpe baldón de las protervas huestes!
 Violando todo hogar la chusma a saco,
 Tras sí dejaban contagiosas pestes,
 Para volver a su insaciable atraco!

Fué del verdugo la obsesión maldita
 Remover los confines de tu vuelo,
 Renovar tu moral y ley escrita
 Y destrozar las glorias de tu suelo.

En lugar de soñados paraísos,
 Decidieron juntarse los yamatos
 Con sus muertos, maltrechos y sumisos,
 Curados de sus grandes arrebatos.

Envuelto en llamas del rugiente infierno,
 Recordando la historia de Malasia,
 Por tu futuro bienestar eterno,
 A Dios pedía tu exclusión del Asia.

No fué tu noble corazón exiguo
 Al afrontar el bárbaro interludio:
 Si fué gigante tu blasón antiguo,
 ¡Lo fué también tu colosal postludio!

En la dúplice guerra contra España
 Y América, tu sólido prestigio
 No se manchó con la inmoral hazaña
 Que fué la marca del tercer litigio.

¡No eres asiática! Progenie ilustre
 Del malásico imperio Shri-Visaya,
 Es del Malayo tu nativo lustre
 Y tu gesta con sangre lo subraya.

Ya no cabe en los folios de la historia
 La magnitud de tu gentil hazaña;
 Cada encuentro fué timbre de tu gloria,
 De América al Japón, después de España.

Hoy dominas las cúspides serenas
 De tu nación sin restricción alguna;
 Así te concibieron sin cadenas,
 Rizal y Del Pilar, Jaena y Luna.

Con la lira de Apóstol y Guerrero,
 ¿Quién no te cantó, enseña bendecida?
 ¿Quién, por vengarte, no empuñó el acero,
 Quién, por quererte, no te da la vida?

Rizal, Mabini, Plaridel, Jaena,
 Magbanua, Bugallón, Hernández, Salas:
 Ya con la pluma, ya de pie en la arena,
 Jamás temieron las traidoras balas.

De Lapolapo al general Jacinto
 Y de Salamat al soldado anónimo,
 ¿Quién no luchó contra el poder extinto,
 Quién no sintióse del volcán sinónimo?

Ante el empuje del audaz instinto,
 El Katipunan por rotundo mazo,
 Tus héroes que se yerguen sobre el plinto,
 Cubrieron con su sangre tu regazo.

Y la mujer, de corazón magnánimo
 Santificó la lucha redentora,
 Sobrellevando con versátil ánimo
 La misión que se impuso Tandang Sora.

Yo mismo fui soldado en la contienda
 Que conmovió el catorce a la Europa,
 Cuando entonces América a su tienda
 Incorporó la filipina tropa.

Yo fui teniente del audaz combate
 Democrático contra la autocracia,
 Cuando allá en Marne se probó el quilate
 Pobre de la germánica eficacia.

En época ulterior rugió el Decálogo
 Con la potencia que el ciclón encierra;
 El mismo gesto y el valor análogo
 Al afrontar la niponesa guerra.

Este es el día por Rizal preescrito:
 Ya la idea venció a la fuerza bruta,
 Gozas de libertad, que no es un mito,
 Nadie tu honor ni tu poder disputa.

Esta es la aurora que el gran mártir plugo,
 Encarnación de su glorioso cántico:
 Estás ya libre del extraño yugo,
 De Ybayat a las costas del Atlántico.

Fué larga la jornada, ¡mas qué importa!
 Venciste a Judas con feliz fortuna,
 Sin quebrantar la colosal aorta
 Del corazón de tu grandiosa cuna.

Subiste el símbolo cual piedra dura:
 Valor indica tu encarnado vivo,
 Noble progenie la celeste albura,
 Azul, el estro del cantar nativo.

En el centro del místico triángulo
 El dios Febo preside tus estrellas,
 Concreción del patriótico rectángulo,
 La eternidad, los rayos, las centellas.

Con el fuego encendido del dios Febo,
 Si alguna vez te muerden las injurias,
 Tu corazón, indómito mancebo,
 Se lanza al circo, por fusil las furias.

Tus tres estrellas son las tres regiones
 Que señalan la linde de tus playas,
 En la paz o al rugido de cañones,
 Unidas Mindanao, Luzón, Visayas.

Bandera que a las águilas asombra;
 Si un día te ocultó profundo abismo,
 Ave Fénix, resurges de la sombra,
 Cantando tu viril nacionalismo.

Al completarse la última jornada
 Al fragor de cañones retumbantes,
 Sola tú con el ala desplegada
 Volabas con las águilas gigantes;

Las aves redentoras, cuyas huevas
 Mortíferas soltaban desde el cielo,
 Abriendo paso a las naciones nuevas
 A ser felices en su propio suelo.

Eran tus hijos quienes con América
 A librarte venían del verdugo,
 Destruyendo del Asia la urbe esférica
 Que urdió el Japón para extender su yugo.

Al ritmo de las bombas incendiarias
 Canté tu incomparable ejecutoria,
 Entonando mis rimas lapidarias
 Al rojo resplandor de la victoria.

Verbo de admonición y rebeldía
 Prohibido por la rígida mordaza;
 El poema de noble gallardía,
 El mismo orgullo del honor de raza.

Arriba rayos, en la tierra trombas,
 Roncos rugidos por los cuatro puntos,
 Zumbaban los aviones con sus bombas
 Repicando la misa de difuntos.

A golpes del horrisono fogueo,
 La ciudad sepultada bajo escombros,
 Por ti rezando, porque en Cristo creo,
 Te alzaba sin temor sobre mis hombros.

Triste guerrero, enflaquecido atleta
 Que te siguió en tu tríplice calvario,
 No se rindió su espíritu de esteta
 Por temor al verdugo sanguinario;

Porque sabía que el torpe desatino
 Del nipónés por mantener su reto,
 No ha de cambiar la ruta del destino
 Que Dios le ha dado en su final decreto.

Empujóme a San Pablo la miseria,
 Por oculto designio de lo arcano.
 ¡Cruel decepción! En su mundana feria
 El nipón era el dueño soberano.

En la iglesia del pueblo, secuestrados
 Fuimos el veinticuatro de febrero:
 Para ser los dos tercios fusilados,
 Más de un cuarto enterrado en el sendero.

Puérperas, parturientas y doncellas
 Del barrio de Sambat fueron violadas,
 Así dejando sus criminales huellas
 En Laguna las huestes malhadadas.

Lo mismo que en Manila, muerto de hambre,
 El imperial ejército engullía,
 Sin dejar ni migaja para fiambre,
 Todo cuánto su esófago podía.

Ya por pudor o individual decoro,
 No tuvo freno que su instinto dome;
 Más caro que la vida, más que el oro,
 Era el arroz que en su lenguaje es *kome*.

El *kome* era su síntesis de vida;
 Arroz para la hambrienta caravana,
 Arroz para la casta maldecida,
 Y para el pueblo, ni la espera vana.

Igual saña contra el niño o el anciano,
 Pasados por las armas sin motivo,
 Desoyendo las súplicas en vano
 Del inocente al enterrarle vivo.

Mujeres empujando carretones,
 Débiles niños a trabajos duros,
 Viejos y adultos a cargar cañones
 O formar el cordón de humanos muros.

El Redentor, en su dictamen-justo,
 Me salvó de la insania del tirano,
 De los abusos del poder adusto
 Y la asechanza del nipón pagano.

Tanta agonía padeció mi pecho
 Por la barbarie que el pudor no nombra,
 Del hogar despojado y de mi lecho,
 ¡Que no soy de mi mismo ni la sombra!

Al ver a los asiáticos inmundos
 Quebrantar la malásica nirvana,
 La vieja raza que pobló otros mundos
 En los comienzos de la historia humana.

¿Qué son los indios rojos, el azteca,
 El árabe, los hindus, los gitanos,
 Sino la raza que movió la rueda
 Del destino en los tiempos ya lejanos?

Antes que el blanco conociera el mundo
 Perdido en períodos glaciales,
 Tuvo el moreno su saber fecundo,
 El malayo sus leyes magistrales.

Es la raza morena la que ostento:
 Sangre árabe de España por mi padre,
 Para formar el físico portento
 Sangre de Maranao me dió mi madre.

¿Cómo pedir que el corazón se doble
 Ante la imposición y la mentira?
 Es mi aborigen fuerte como el roble,
 ¡Ardiente como el fuego de mi lira!

Después, llegó la aurora con América
 A dar fin a tu fúnebre agonía,
 Aniquilando con su fuerza homérica
 Del imperio nipón la flor de un día.

¡La historia no reincide por lo cierto!
 Si el maldito nipón te tuvo opresa,
 Hoy te coloca en el mundial concierto,
 América, cumpliendo su promesa.

El águila simbólica de América
 Es divisa de unión de las naciones,
 De Woodrow Wilson la ansiedad quimérica
 Hoy encerrada en múltiples blasones.

¡No es cierto que la historia se repite!
 Si el Japón venció a rusos en Port Arthur,
 Al llegar la hora del final desquite,
 Su Waterló fué el general MacArthur.

¡He de volver! El grito de combate
 Ante el cual hoy el mundo se descubre,
 Cumplióse en Leyte con su audaz rescate,
 En el día triunfal, 20 de octubre.

De allí a Lingayén, de éste a Manila,
América trazó su trayectoria,
Con la fuerza del rayo que aniquila,
Hasta obtener la colosal victoria.

Anfibios, tanques vomitando llama,
Aviones de mortífero explosivo,
Cumplieron el magnífico programa
Que Roosevelt concibió con gesto altivo.

Del Japón ya no queda ni el residuo,
Sepultado en los mares del poniente,
Desde hoy y por los siglos es occiduo
El sol que quiso deslumbrar a Oriente.

No volverá a nublar tu cielo blanco
Del yamato la insolita vileza,
Ni el samuray hundido en el barranco
Llegará a donde estás por tu proeza.

Hoy vuelves a tu suelo redimida
Ante el clamor de la conciencia pública,
Por el fuego y la sangre concebida,
Bandera nacional de mi República.

Yo te saludo tricolor enseña,
Señora de las cumbres y los llanos;
De tus alcores y horizontes dueña
¡A tu mástil se abracen los hermanos!

Hoy más que nunca tu nación reclama
Unidad de propósitos de enmienda,
Para mantener firme tu programa
Al calor de tu triplice leyenda.

Culto al hogar sujeto a organismos
De la raza por digno paradigma;
Y destruídos odiosos barbarismos,
Del esclavo borrar el torpe estigma.

No hay timbre más brillante que el destello
Del sol que alumbra el arrozal nativo,
Ser filipino compatriota es sello
Mejor que ser asiático nocivo.

Así, camino de las altas cumbres,
 En marcha con tus héroes nacionales,
 Habrá una patria de radiantes lumbres,
 Un altar a tus hijos inmortales.

Cuántos cayeron en la negra noche
 Quemando en tu crisol sus áureas galas,
 Vuelen contigo en tu bronceo coche,
 Hacia lo eterno las inmensas alas.

Y rompan de sus tumbas el mutismo,
 Aquellos que murieron por quererte,
 A la luz del patriótico exorcismo
 Canten de júbilo al volver a verte.

Haya paz en tus fúlgidos eriales
 Por tu vuelta a la cumbre sempiterna;
 Hoy riges los destinos nacionales,
 Soberana, no como subalterna.

En tus aras crepita roja hoguera
 Y te alces a los cielos majestuosa;
 Ya los muertos despiertan de su espera,
 ¡Tu asta se clave en lo fondo de su fosa!

Canten los vates himnos de victoria
 Así que inicias la triunfal jornada;
 Viva tu gesta inmarcesible gloria,
 ¡Dios te bendiga! ¡Entrégame la espada!

¡Canten los pueblos salmos de optimismo!
 Y con ambas Américas la alianza,
 Alentando el patriota fe en sí mismo
 ¡Tendrás la fuerza que el rencor no alcanza!

Pues la historia demuestra que aislada
 No basta tu valor de fuerte dique
 A repeler la insaciedad malvada,
 De Limahong al último cacique.

Por Dios y por la patria consagrada,
 Bandera de mis ansias predilecta,
 Fortifica tu autóctona morada
 Y desde lo alto tu esplendor proyecta.

Cual vela que se apaga cada instante,
 He de morir de consunción y penas,
 Entre las llamas de mi amor constante,
 ¡Todo por darte sangre de mis venas!

¿Qué importa que después de haber sufrido,
 Realizada su ambición preclara,
 Al hombre dejen en completo olvido,
 Si buen hijo la patria lo declara?

Cuando ya nada quede de mi nombre
 De todos olvidado por mi suerte,
 Como súplica póstuma del hombre,
 Cuya gloria en el polvo se convierte;

Envuélveme en tus pliegues por entonces,
 Avive el cuerpo tu candente flama,
 Toquen a gloria los sonoros bronces,
 ¡La lira unisona al cañón que brama!

J. HERNÁNDEZ GAVIRA
 Manila-San Pablo
 1943-1945

163 San Rafael



